

## La universidad al servicio del pueblo: el rector Ellacuría<sup>1</sup>

Giovani Meinhardt<sup>2</sup>

### Palabras clave:

contexto, intelectuales, profesores, universidad.

### Resumen

La gran pobreza y las desigualdades sociales en América Latina han producido cicatrices no solo mundanas, sino envergaduras de gran sufrimiento en la historicidad continental de los pueblos. Regímenes de seguridad nacional<sup>3</sup> y guerras civiles inundaron realidades a punto de estructurar perspectivas de vida a través del mal común. La generación de graves conflictos y traumas sociales urgieron exigencias históricas a las que intelectuales representativos de la realidad latinoamericana, como los mártires Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró, respondieron con acciones que muchas veces entraron en serias contradicciones con las cosmovisiones de los más poderosos. Específicamente, los conflictos y sufrimientos del pueblo salvadoreño se han acercado la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, que a su vez respondió con altura, coraje e iluminación. La vocación de la universidad fue pensada como servicio y por eso el pueblo necesitado es quien le da sentido ontológico y la concibe como instancia de inspiración cristiana en consonancia con sus más altos intelectuales. Mediante ese servicio, la universidad conoce la situación actual de las personas y de sus derechos fundamentales.

1 Agradezco al profesor Dr. Héctor Samour por su cordial reflexión y diálogo sobre el tema.

2 Profesor en el Instituto Superior Ivoti (Brasil).

3 Los regímenes de seguridad instalarán una fuerte normatividad, ‘normalizando’ las aberraciones en lo cotidiano. “Brasil, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay... por citar sólo los más lejanos de América Latina han estado presentes por años en las páginas de los mejores periódicos mundiales como violadores permanentes de derechos humanos fundamentales” (Ellacuría, 1991, p. 266). La violación permanente configura un trauma psicosocial con envergadura estructural.

### El espectro contraproducente actual: *verbum ventus*

*Verbum ventus* no designa en el presente estudio la palabra del viento, sino aquella arrojada al viento a través de difusiones sin intenciones con la realidad. En términos universitarios, en un impactante estudio, el filósofo brasileño y profesor visitante de la UCA Antonio Sidekum (2010, p. 218) escribe que muchas universidades privadas son “adaptadas al modelo del mercado total y a los principios de la globalización de la economía. Bajo la tutela de la *misión* y del *credo* con inspiración en el pensamiento único totalitario, convocan todo su personal administrativo y académico hacia planos estratégicos sometiéndolos a la ideología de la cualidad total anunciada bajo el delirio de un *marketing* sofisticado y fascista”. El referido individualismo e indiferencia al otro es sin duda un pecado destructivo y multiplicador de problemas en la sociedad actual.<sup>4</sup> Cuando la comercialización es ordenación, planteamiento y fin universitario, se observan serios problemas intervinientes que se convierten en molestias estructurales, transmutando objetivos y propósitos institucionales. El análisis intelectual no es respondida con otro análisis intelectual por las estructuras neoliberales, sino con la defensa desprovista de diálogo, cambiando personas en objetos. Se podría decir que incluso hoy en día hay una dictadura invisible que va más allá: intelectuales que no quieren comprometerse con el mundo real.

Milton Santos —filósofo brasileño de la geografía— alega que la universidad, al adoptar acriticamente el proceso de globalización, aplica los principios perversos del totalitarismo global hacia la propia universidad. Así, la universidad extiende el universalismo reduccionista al pensamiento. Santos (2007, p. 197) constata que el “sistema universitario, en el cual debería prevalecer en la diversidad de ideas, ha sido víctima de la enfermedad

de la globalización, es decir, de la tendencia a un pensamiento único”. Desde la perspectiva de un pensamiento único totalitario, la universidad es menos capaz de criticar sus propias acciones, puesto que no existe la conciencia de la realidad. Hay en efecto las metas de la universidad empresarial, cuya normalización depende de la conciencia, ya que su efusión tiene caminos trazados *a priori*, anterior al bien común. La visión del mundo de la universidad como ‘negocio’ se convierte en una primordial intención. En tal universidad, acogedora del sistema imperante, la riqueza no es reconocida en las personas y el conocimiento en germen ya está colmado de intenciones parciales adjuntas al dominio de la hegemonía intelectual de pocos, cuyo pensar adhiere a ideologías de exclusión. Pero, la negación de un determinado intelectualismo monopolizador no puede llevar a la renuncia de la inteligencia como apertura de liberación integral del ser humano espoleado. Es necesaria la reacción de refutación de los que han fundamentado su poder de dominación en la labor intelectual, olvidando las áreas geográficas periféricas y poblaciones oprimidas.

La psicóloga Calderón de Orellana (2006, p. 132) identifica que el “propósito de muchos estudiantes y dirigentes de algunas universidades era recibir o dar un título, más que lograr una verdadera formación universitaria”. También hay estudiantes cargados de inspiración omnipresente de la civilización del capital, donde el egocentrismo es un pilar edificador de ambiciones, impugnando la empatía y la posibilidad de solidaridad. Las experiencias negativas como los conflictos bélicos y la crisis de violencia no son o no eran índices de repuestas en algunas universidades, esto es, no “influyeron para cambiar de metodologías individuales a las colectivas y comunitarias” (Calderón de Orellana, 2006, p. 182). El academicismo sin crítica es así dependiente de poderes intelectuales e insensibles a la realidad psicosocial convulsa. Siendo así, se pregunta: ¿para quién es la universidad?

4 Ellacuría advierte que “todo pecado pasa por la destrucción del hombre y se objetiva de un modo u otro en estructuras de destrucción del hombre” (Ellacuría, 1991, p. 135).

El jesuita Borrero Cabal (2008, pp. 199-200) señala que el rumbo de la universidad puede estar forjado con una concepción de ciencia mayor que las prioridades humanas, pues una “ciencia habida tiene el peligro de cultivar orgullos, ufanías y vanas aspiraciones”. En la perspectiva universitaria, la vanidad social aleccionada por el anhelo del título busca “posiciones y cargos, y [es] proclive a las ambiciones de lucro y a la avaricia pecuniaria”. No hay inspiración hacia una voluntad de compromiso. La ontología ideada como *individual* fundamenta un egocentrismo como cerne social. Por lo demás, el parámetro insociable de vivir inscribe la fragmentación de relaciones como una experiencia formativa, esto es, un aglomerado de individuos disociados refleja la concepción occidental del ser: único, insular e incommunicable. La idea de conservación y autoconservación está absolutamente agregada a la salvación individual de los individuos, impacientados con sus propios objetivos al mismo tiempo que ejercen la activa y titánica indiferencia para con los demás.

La arquitectura ideológica de la universidad, identificada funcionalmente como módulo empresarial, responde al enfermo deseo de estatus y apariencia demasadamente secular, en que la personalidad tiene su medida en los aspectos que el dinero puede comprar y en las ilusiones abstractas que puede materializar, resumidas en una especie de *ser más* consubstancialmente enmarañado en el *tener más*. Según Martín-Baró (1979, p. 56), la docencia, en la perspectiva de divinización monetaria, transmite una jerarquía de poder como arma disciplinaria mediante la “implementación institucionalizada de aquellos requisitos social y legalmente requeridos para el desempeño de una serie de roles, roles que a su vez otorgan al individuo un determinado estatus”. La posición social

está por encima de las acciones de cuño verdaderamente social. La apariencia es símbolo ideológico<sup>5</sup> a ser respetado, expresado en la realidad como autoconservación de una sociedad aspirante al capital como bien supremo. La solidaridad recae como desaliento contra sistemático de los múltiples métodos institucionales que tienen como *absoluto* la exclusiva excelencia financiera. Está olvidada la humanidad de las instituciones, que son, a veces, epígonos de captación de ventajas y asunción de lucros que se deben sobreponer a las personas, elevando así la codicia por el poder.

El espíritu institucional estructurado en la autonomía del mercado es una formación especulativa que ambiciona lucro, consubstanciada en fetiche omnipresente e incontrovertible. Finalmente, instituciones regidas por la falta de humanidad ocultan la verdad, ya que creen afirmativamente que cualquier clasificación valorativa relativa a las agrupaciones industriales o comerciales es mayor que el ser humano: *ser* reducido al estatuto de componente mecánicamente utilizable. Olvidan que la “organización es más pequeña que el pueblo, y ninguna de ellas puede dar, ni siquiera en el proyecto, lo que el pueblo de verdad necesita; ninguna de ellas puede hablar exclusiva y dogmáticamente en nombre del pueblo. Todas ellas son necesarias para que el pueblo haga sentir su voz y su eficacia, pero ninguna de ellas, ni todas en conjunto, pueden dar de una sola vez lo que es la voluntad popular” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 375). La difusión de la verdad transita en el pueblo. No hay antinomia entre la profundidad de la investigación universitaria y la verdad del pueblo, donde en realidad reside la profundidad.

La universidad que promueve solo ‘cosas’ y se queda en ellas no acepta como parte

5 La superflua apariencia del capital establece la socialización de la vida. La ideología de la imagen burguesa posibilitando comunicación es una de las medidas sociales más sin contenidos existente. “Como se trata de apariencias que se toman como realidades y como esta transmutación de la realidad en apariencias es una transmutación interesada, estamos ante un caso de ideologización” (Ellacuría, 1991, p. 644). El interés de muchos está en las apariencias y este principio es más fuerte que la humanización o deshumanización que puede causar. La apariencia es un bien privado imponente y apreciable.

de su realidad el clamor del pueblo.<sup>6</sup> Para una universidad como esta, el sufrimiento es contingencia que no puede entrar en ella, porque no hay identidad intrínsecamente respectiva entre la universidad y otras específicas realidades del mundo. Si la universidad y sus profesores son un microcosmos, este mismo microcosmos debe incluir a la gente como productora de conocimiento al influir la universidad y ser influenciado por ella.

La relación entre la universidad y la realidad tiene un carácter cabal. La verdad lleva “un carácter constitutivamente público, porque la verdad puede ser entendida por muchos. Tenemos así una verdad común, no primariamente porque nos sea comunicada por quien la descubrió, sino porque es una verdad de la realidad y porque en la realidad de la verdad todos nos podemos encontrar. La verdad es últimamente pública porque es real” (Ellacuría, 1999b, p. 273). Por eso, la sustitución radical del pueblo por intenciones institucionales que suplantán su existencia acuña una falsa representatividad de las penurias populares. Lo que sumamente interesa es “la preparación puramente utilitarista de una preservación del poder adquirido” (Ellacuría, 1991, t. I, p. 462). En medio de esto, es importante analizar qué es la ‘unidad’ procurada y deseada por los intelectuales. La cohesión universitaria ajena a la realidad es una alerta profunda, ya que pone por encima de las necesidades sociales la consideración particularista de los individuos. El poder educativo es un desperdicio cuando no existe voluntad e irradiación del bien común. “Son unos pocos los que disfrutan plenamente del poder educativo y es la inmensa mayoría la que se ve desposeída de este verdadero poder de la vida moderna, tal vez el más humano de los poderes” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 633). Prontamente, el poder educativo

no es autorreferente y su humanidad está en su propagación bienhechora.

La universidad que responde a las solicitudes del mercado y su salvaguardia de lucros expresa propósitos bien definidos. “Las partes racionales están al servicio de un todo irracional” (Ellacuría, 2009, p. 26). La concepción de la sociedad capitalista, sus fines y sus medios fundamentales representan una competencia superpuesta en general. La autonomía no puede ser financiera, sino que la inspiración de la verdadera autonomía universitaria es la diversidad de pensamiento. De forma agudamente crítica, Ellacuría (2000, t. II, p. 532) reconoce: “Muchas veces preferimos salvar la institucionalidad que salvar la misión”. Los designios saludables de las instituciones son rechazados por una significación perversa del vocablo ‘salvación’, esto es, salvar lo que no es necesario salvar.

En el movimiento de intereses mercantiles, las desavenencias son localizadas en las confluencias de los gestos idolátricos y absolutos de los individuos en el escenario de las competencias (mundo de los negocios), donde simbólicamente derrotar a los otros significa tener más. En el sistema actual, no beneficiarse y ser empático es insólito y considerado alienación, puesto que la realidad es referenciada como libertad descomunal de poder y adquisición material. Ellacuría (1991, t. II, p. 748) alerta el peligro de absolutizar las instituciones, enfocadas como valor supremo, al cual deben subordinarse todos los otros valores, llevando en la práctica a deformación de sus propósitos. Aunque la institución universitaria no es símbolo o respuesta imperiosa de las realidades del mercado total, algunas universidades son organismos representativos de la ideología de la globalización. Luego, “el máximo esfuerzo ideológico se ha llevado a cabo en el plano de la institución: se

6 El pueblo no solo es objeto de estudio. Aprender de la gente es un reto que desaloja. Por esta razón, “tanto la Iglesia como la universidad tienen mucho que aprender de las prácticas de las organizaciones populares, y que solo una Iglesia y una universidad que tomen en serio este aprendizaje, pueden ser interlocutores válidos de aquellas. De una Iglesia y de una universidad, puestas al lado de las clases dominantes o puestas sobre las clases dominadas, las organizaciones populares poco o nada pueden aprender” (Ellacuría, 1991, t. II, p. 747).

necesita poder, se necesita dinero, se necesita apoyo de los poderosos” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 310). Subyugar el ser con el objetivo de vivir causa la pérdida de intenciones, ya que no es una fusión de distinciones, pero sí una anulación del ser hacia el ser ‘universal’ promulgado por la ideología imperante.

### Universidad y contexto

La universalidad de la universidad solamente logra sentido en la vinculación contextual, rompiendo el soliloquio alojado en pasividades particularistas. La línea de la universidad gravita “como servicio a la comunidad social, entendiendo este servicio como encuentro y realización de la verdad; de la verdad, sobre todo, que en cada caso es o necesita ser una determinada comunidad” (Ellacuría, 1972, p. II). La verdad es una necesidad que tiene formas determinadas en contextos distintos. El contexto puede coexistir con la teoría y la ciencia, destacando la conciencia colectiva como aporte a la conciencia intelectual, promoviendo cambios en la vida concreta. En verdad, solamente una persona-en-contexto alcanza su bienestar, que está íntimamente unido a la colectividad. El contexto incorporado a la investigación es importante, pues, según apunta Ellacuría (1999a, p. 28): “No hay una universidad para siempre y para todo lugar”. La consideración del contexto es una variable que esclarece objetivos y percibe intenciones fuera de abstracciones asépticas, aproximándose al pensamiento y al sentimiento de las personas. Así, se legitima la elección libremente parcial a favor de las mayorías injustamente oprimidas como finalidad más honda de la universidad, porque son la verdad de la realidad (Ellacuría, 1999a, p. 304).

La universidad tiene su *locus* determinado entre la formalidad de su autonomía y la afección de su contexto. “El ambiente mismo propone los problemas y apunta las formas de tratarlos” (Ellacuría, 1996, p. 398). La ciencia no es la única fuente de informaciones sólida. La conciencia colectiva también tiene inteligencia dinámica enmarcada en la busca de la supervivencia. El conocimiento es un instrumento que debe asistir las necesidades locales y el mundo tal como las comunidades las perciben. La percepción y afección de las personas cotidianas es igualmente real en comparación a la de los intelectuales, pero en términos de verdad hay desproporciones negativas en relación con aquellos que intentan suprimir el valor cognitivo y emocional del pueblo. En la construcción del conocimiento, “el elemento esencial en la formación radica en las personas y no en las ideas” (Ellacuría, 1996, p. 530).

El compromiso imprescindible de la universidad es el cambio de estructuras<sup>7</sup> y de personas, en orden creciente de solidaridad (Ellacuría, 1999a, p. 92). Las diversas caras de la opresión no son una simple consecuencia o una parte de la real estructura existente, sino es la estructura misma. Ellacuría (1999a, p. 66) entiende que los “grandes instrumentos con que trabaja la universidad son de índole colectiva y de implicaciones estructurales”. Es importante vencer los males gravísimos y universales de la realidad. El encadenamiento del pensamiento universitario alejado de una inspiración cristiana disipa el contacto con la realidad, asociándose a la violencia de los males estructurales.

Aunque el talento y el compromiso moral e intelectual sean importantes, la práctica exige técnica. En su artículo *Filosofía ¿para qué?*

7 La idea de estructura es desarrollada en los *Escritos filosóficos* de Ellacuría (1999b, p. 290), significando que las partes se determinan mutuamente en la unidad del sistema. Estructura es un “sistema unitario primario y no mero resultado de una unificación” (Ellacuría, 1999b, p. 459). La injusticia estructural dominante es considerada un pecado, “pues mantiene a la mayor parte de la población en condiciones de vida inhumana” (Ellacuría, 1993, p. 422). De acuerdo con Ellacuría (1990, p. 279), las condiciones inhumanas provienen de “la violencia estructural, es decir, la violencia de la civilización del capital”. Este orden injusto configura todo un pecado estructural y la vida de un pueblo vive así un mal diario que es en verdad un mal común (Ellacuría, 2001, p. 448).

Ellacuría (2001, pp. 118-119) testimonia: “No se filosofa solo con buena voluntad”, pues es necesario un sólido “horizonte mental sobre lo que es el saber” y un “método adecuado para evitar el error y la confusión”. Así, la metodología lleva al concepto de estructura de las realidades. Por detrás de situaciones violentas o manifestaciones agresivas, está subyacente la estructura de la violencia, llamada ‘violencia estructural’, que ocupó la meditación de la realidad conflictiva en Ellacuría. Lo que hay es la imposibilidad de pasividad cristiana en relación con el mundo violento (Cardenal, 2003, p. 57).

El trabajo universitario debe acercarse de la realidad y “la única manera de alcanzar la realidad y de atinar con su esencia es alcanzar su estructura” (Samour, 2010b, p. 6). La universidad de inspiración cristiana debe estar presente en las situaciones que merecen el “juicio de injusticia, de violencia estructural, de pecado estructural” (Ellacuría, 1999a, p. 90). La universidad combate contra el mal estructural y su determinación en el mundo histórico procede como pecado institucional. La universidad y la inspiración cristiana ofrecen un punto de arranque común: la injusticia y el pecado deben ser borrados por un proceso de liberación (Ellacuría, 1999a, p. 90). Por lo tanto, hay que concientizar quién está fluyendo en las estructuras del bien. La pista que Ellacuría (2005, p. 212) indica es la siguiente: el “que fluye soy yo mismo, aunque yo no sea el soporte fijo de la fluencia de la vida”. Luego, la insistencia moderna en individualizar la existencia humana implica un desconocimiento de su dimensión social. Esta concepción trae egoísmo e irresponsabilidad, pero “no se necesita negar la dimensión colectiva y estructural para dar campo a un desarrollo pleno de la persona” (Ellacuría, 1991, p. 202). Por lo tanto, la existencia de las mayorías populares es un desafío tanto teórico como ético hacia la institución universitaria (Ellacuría, 1999a, p. 204). Un enjuiciamiento ético admite la crítica de la realidad. El diagnóstico firme de la realidad

histórica más universal se caracteriza por el predominio del bien. El planteamiento ético universitario es transformar la realidad de los oprimidos, esto es, hacer posible para que el bien domine sobre el mal. La ética es un factor operante en la injusticia estructural (Ellacuría, 1999a, p. 185). La consideración estructural evita la dicotomía entre el mal y el bien al concentrarse en el problema de la transformación personal (Ellacuría, 1991, p. 203). En resumen, sin ‘saber intelectual’ y sin capacidad política será difícil hablar de una universidad de cara al pueblo.

### **Crítica de la acción intelectual desencarnada**

El intelectual ajeno a la identidad social dialoga desde sus convicciones y, por tanto, para sí mismo (es decir, no es un diálogo, sino un monólogo). Convicciones y comprensiones son aspectos diferentes de la misma realidad, con perspectivas hermenéuticas abiertas o cerradas a la posibilidad de ascendencia al bien social. La marginación intelectual consiste en fundamentar la realidad sin tener contacto con ella. Muchos intelectuales no son la pretenciosa categoría independiente que por jactancia desean ser. Sin embargo, el intelectual también es una persona de la sociedad y de la realidad que quiere criticar, sin exclusivismo o abstracciones. El catedrático debe inventar formas de aproximación a la realidad, participando en su dinámica. A veces el intelectual piensa formar opinión, mientras solamente fotografiaba mentalmente circunstancias actuales. Para no caer en el solipsismo idealista, el intelectual debe encarnar la realidad en conexión con su comunidad. “La falta de contacto con la realidad puede generar todo tipo de fantasías y la falta de contraste con ella puede hacer inválidos muchos de sus análisis teóricos. (...) Los purismos idealistas generan intransigencia” (Ellacuría, 1991, t. II, p. 764).

La pretensión de estar en determinada institución (institución famosa) puede hacer

que el amor propio<sup>8</sup> sea mayor que cualquier actitud de servicio. El servicio verdadero es contrario a la vanidad, despedazando la promoción y la satisfacción propias. La *educación superior* es un nombre, pero también un símbolo. El intelectual, al situar lo 'superior' en un punto máximo o incorporarlo como algo mayor que la realidad, pierde su propio equilibrio. Al concentrar la oportuna posición en dicho lugar superior, existe la posibilidad del cultivo de la arrogancia. El diálogo se vuelve muy selectivo al transmutarse en excepción y así eliminar las voces sociales y deglutir gran parte de los actores, desconsiderándolos. La arrogancia produce en la universidad actores que no prestan atención al pueblo y su cultura (pueblo cambiado en mero espectro efímero). Hay la imprevisión del conocimiento de la realidad de la vida de las personas, pues lo real es definido *a priori* y lo intelectual se percibe como 'entidad pura', eligiendo de forma idealista lo real y lo irreal, la verdad y la falsedad. La ficcional existencia pura se enmascara de neutralidad para legislar como bien entender en la realidad.

La estructura misma de la realidad latinoamericana es el conflicto. El foco conflictivo en la presente investigación reside en la realidad salvadoreña y latinoamericana en que vivió el rector Ellacuría, el vicerrector Martín-Baró y sus compañeros. La universidad cristiana se atribuye orientación e integración del pensamiento en la realidad conflictiva. La universidad exige de los intelectuales una inmersión en una realidad contrapuesta y en hacerse presente en la inmediatez de la realidad, es decir, la labor universitaria que

llega directamente a la sociedad debe ser proyección social (Ellacuría, 1999a, p. 86). No hay cambio social sin conflicto y la universidad no puede escapar a una realidad social polémica y conflictiva al querer convertirse en fuerza social (Ellacuría, 1999a, p. 107). En el proceso histórico de salvación y de liberación, la labor universitaria se presenta como oportunidad para conocer la realidad y sentirla.

La labor universitaria, en efecto, debe "enmarcarse definitivamente en la situacionalidad esencial que constituye a través de la respectividad de lo real la intrínseca unidad de la cultura y de la historia" (Ellacuría, 1972, p. III). Es muy importante el compromiso afirmativo y la posición con ciencia y conciencia de los intelectuales de cara a la realidad del conflicto. La universidad cobra realidad en la urgencia de servicio a la pluralidad de víctimas. La vinculación de la inspiración cristiana con el ejercicio intelectual es "de aquellos que estén convencidos de que su autorrealización personal pasa por el compromiso constante y efectivo con los más necesitados, la de aquellos que desde una inspiración cristiana entienden que es más feliz el que da que el que recibe, el que sirve que el que es servido, el que busca la liberación de los oprimidos y anuncia la buena nueva a los pobres" (Ellacuría, 1999, p. 269). La identificación de profesores y estudiantes con las mayorías injustamente deshumanizadas es un punto de vista universitario fundamental. Los profesionales e intelectuales<sup>9</sup> hacen un apostolado también social al preocuparse con los oprimidos y deshumanizados.

8 La necesidad de soluciones racionales de cara a las realidades sociales sufrientes es un principio mayor que cualquier amor propio. Esta razón debe ser sensible para no convertirse en una loca razón. Por eso, Ellacuría (1991, t. II, p. 953) exclama: "Déjese de lado quién da las razones o a qué parte favorecen más y discútanse las razones mismas. Déjense de lado los prejuicios y los personalismos, porque lo que está en juego es demasiado serio como para convertirlo en tema de amor propio o de simple coherencia lógica".

9 Hay distinciones delicadas entre el intelectual cristiano y quien no lo es. El tema del intelectual cristiano "es un tema difícil que necesita ser enfocado desde múltiples puntos de vista diversos. Ya como teoría es un problema enredoso, donde confluyen cuestiones tan arduas como la de fe-razón, filosofía-teología, naturaleza-gracia, profano-religioso, humanismo-cristianismo. No se trata en estos 'dobles' solo de la conciliación de unos conceptos dispares, sino de la unificación de dos realidades tan distintas que parece imposible unificarlas" (Ellacuría, 1996, p. 329).

### Inspiración cristiana

Ellacuría (1999a, p. 81) advierte la búsqueda de la liberación de la universidad desde las presiones para domesticarla. Es necesaria la vigilante liberación de la misma universidad, para “configurarse ella misma como un lugar de libertad” (1999a, p. 216). Por lo tanto, la tarea universitaria es servicio desde el pueblo como testimonio más explícito de *inspiración cristiana*<sup>10</sup>. La universidad en su inspiración cristiana ofrece un punto de arranque común: la injusticia debe ser construida a través de prácticas concretas, construyendo un proceso que haga desaparecer lo opresor en lo social y en lo económico, en lo político y en lo cultural, buscando la creación de una persona nueva (Ellacuría, 1999a, p. 24). Esta nueva persona es accesible y “no absolutiza ningún logro en el engaño de hacer de algo limitado algo infinito” (Ellacuría, 1993, p. 423). La realidad de la liberación está íntimamente cargada con intereses humanos, al contrario de la realidad opresiva, enlazada con egoísmos productores de acciones deshumanas.

Desde esa inspiración, Samour (2010b, p. 10), en un estudio efectivo sobre el tema, afirma que “la perspectiva formal con la que la universidad proyecta su labor liberadora no es la del poder ni la de la dominación, sino la del servicio”. La universidad cristiana guía su pensamiento frente a la fragmentación de

la realidad conflictiva. La identificación de profesores<sup>11</sup> y alumnos<sup>12</sup> con las mayorías injustamente deshumanizadas es un punto de vista universitario fundamental. Ser un intelectual cristiano “es, sencillamente, un ideal que puede y debe ser tenido en cuenta por quien quiera servir a la Iglesia y sus necesidades de hoy con el pensamiento” (Ellacuría, 1996, p. 336). El pensamiento se dirige a los oprimidos en todo su vigor.

La universidad comprometida con el cristianismo “pone el centro de interés en el otro” (Ellacuría, 1999a, p. 91). A la sazón, la universidad no es criterio absoluto de la verdad y es sabedora de la importancia en descentralizarse en su misión.<sup>13</sup> Paradójicamente, descentrar es centralizar la universidad en sus intenciones, sin perder la identidad y su médula intelectual, generando ramificaciones movientes en dirección a los que buscan liberación con hambre y sed de justicia. El encuentro con la otra persona es fundamental en la constitución ontológica del yo. Así, lo que siempre fue una unidad isleña (yo) es ahora densa realidad cargada de relación. Efectivamente, “solo saliendo de sí se puede uno encontrar a sí mismo” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 782). El descubrimiento de uno mismo es reconocer el espacio relacional donde está el otro como fundamento para cada uno ‘ser’ en toda su dimensión humana.<sup>14</sup>

10 En el estadio de fermentación actual, la realidad reclama la presencia de una universidad “que oriente integralmente el pensamiento” (Ellacuría, 1996, p. 285). Por eso, “la *Compañía de Jesús* piensa que *El Salvador* necesita y busca una educación en la cual el *cristianismo* sea su fundamental fuente de inspiración” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 613).

11 Ser un intelectual cristiano “es, sencillamente, un ideal que puede y debe ser tenido en cuenta por quien quiera servir a la Iglesia y sus necesidades de hoy con el pensamiento” (Ellacuría, 1996, p. 336).

12 Ellacuría (1996, p. 621) piensa que “los alumnos deben ser llevados a una reflexión personal verdaderamente filosófica sobre lo que es la existencia humana y sobre lo que es la existencia cristiana”.

13 Según el rector Ellacuría (1999a, p. 90), la universidad como inspiración cristiana es lugar de sacrificio, de entrega personal, de renuncia. Para él, la responsabilidad cristiana innova el comportamiento universitario, formando y teniendo su centro fuera de sí (1999a, p. 254).

14 “El ver a los otros no como parte de uno mismo, sino verse a sí mismo en unidad y comunión con los otros, se conjuga bien con lo más hondo de la inspiración cristiana y aparece en consonancia con una de las mejores tendencias de los sectores populares latinoamericanos, que se abre frente a tendencias individualistas disociadoras” (Ellacuría, 2000, t. II, p. 276). La correspondencia con los otros es la superación de todos los ámbitos egocéntricos. Las invitaciones al mundo individualista nos interpela en todo momento y la coexistencia no consiste en factor tangible o propiciador de agregaciones. Yo y los otros convivimos sin comunicación,

La universidad, coexistiendo su quehacer con los más duros conflictos, ejerce una investigación centrada en el servicio universitario de inspiración cristiana al pueblo en la resolución de sus privaciones. El servicio universitario de inspiración cristiana permite la conexión de la ciencia en unísono con la psicología conflictiva de las personas que viven la visión de la realidad, transbordando en lo cotidiano irracional y tirano. La Iglesia y la universidad “tienen especial sensibilidad para la injusticia y la **sinrazón**, así como potencialidades específicas para la protesta y la movilización” (Ellacuría, 1999a, p. 174).

La universidad, al denunciar el pecado en la realidad, impulsa a crear modelos que históricamente correspondan mejor al reino de Dios y hará desarrollar actitudes cristianas, como la esperanza, la justicia y la entrega a los demás. La universidad de inspiración cristiana busca hacer realidad la “utopía anunciada y prometida por Jesús, que es el reino de Dios” (Ellacuría, 1999a, p. 290). Esta inspiración cristiana llega a causar persecuciones en la universidad, que es buscadora de la justicia del reino de Dios, contraria a las ambiciones del reino mundanal del capital. Las denuncias concernientes al cambio de estructuras tuvieron en el rector Ignacio Ellacuría y sus compañeros portavoces de excepción.

### La universidad al servicio del pueblo

Si para Kant la universidad debería ser una república de eruditos, Ellacuría entiende la universidad como una parte de una gran república que por antonomasia es el pueblo.<sup>15</sup> El pueblo como contenido de la universidad genera influjos actualizadores de la realidad, en que la voluntad de acción hacia el bien común orienta a los profesores en dirección a la sociedad, simbolizada como cuerpo social.<sup>16</sup> No hay amenaza a la autonomía universitaria, sino autoafirmación respecto de sus planteamientos. La exterioridad también no es comprendida como evasión de la autonomía o una soberanía exterior, sino es un atributo de proyección social donde la identidad universitaria es influenciada por la alteridad y viceversa.<sup>17</sup> Así, la universidad puede ser proferida de muchas formas y la evolución de su concepto sigue una verdadera conjugación en la realidad de los afectos y razones del rector Ellacuría. Tal conjugación emprende la racionalidad del ser en dirección al mundo.

La universidad debe ser una entidad al servicio del pueblo, en que la erudición viene de las incontables y polifacéticas realidades que claman sus improbidades, denunciando la ausencia de verdad y justicia.<sup>18</sup> Así, la autonomía universitaria aloja un necesario

.....  
adjuntos solamente en las circunstancias espaciales, pero subjetivamente absortos en nosotros mismos.

- 15 “Una universidad para ser buena universidad deber ser más que una universidad” y acrecienta que esta especial “necesidad de ser más estriba, últimamente, en que todo grupo es más de lo que es y solo puede ser lo que es en relación con otros y en relación con el todo” (Ellacuría, 1991, p. 794). El todo representa el pueblo y la necesidad de ser más reside en la abrumadora sincronía con las necesidades de las mayorías. La intensidad de las necesidades de las mayorías populares puede ser descritas como una “necesidad perentoria, una necesidad que no puede esperar” (Ellacuría, 1991, p. 820).
- 16 Hay una “doble conciencia del magisterio como cuerpo y del pueblo entero como cuerpo social” (Ellacuría, 1991, p. 540). La correspondencia del magisterio como cuerpo universitario con el pueblo como cuerpo social en términos educacionales es políticamente saludable al instante que es una interacción productora de nuevas realidades.
- 17 No hay una autonomía absorbida en una exterioridad radical o con una identidad que desea una pura alteridad. La autonomía universitaria debe ser crítica y generar juzgamientos, propiciando crecente conciencia de las propias acciones.
- 18 Indubitablemente, “la verdad no puede buscarse al margen de las vidas y las relaciones sociales de los investigadores, maestros y estudiantes” (Lacey, 2011, p. 2). Luego, la propuesta es proveer la conciencia de la importancia del conocimiento y la ética, fomentando habilidades en los estudiantes, convirtiéndolas en acciones propensas a los cambios sociales.

dinamismo, indagador y calificador de su propia estructura. Las perspectivas sociales saludables deben ser parte integrante de las vidas de maestros, estudiantes e investigadores. Aunque la realidad sea importante, la impresión que marca el intelectual no es más racional<sup>19</sup> que visceral. El estremecimiento que la realidad causa altera la inteligencia sentiente,<sup>20</sup> ofreciendo recepción y anexión interactiva con el contexto vivido. La simple realidad es trauma en la mente comprometida con el sufrimiento humano.

La universidad al servicio del pueblo constituye identidad entre investigadores e inquietudes comunitarias.<sup>21</sup> La contextura social humana afronta su propia composición, exigiendo disposición y cambios impetuosos de cara a los reiterados agobios de la vida. Prontamente, la realidad también absorbe al intelectual, invitándolo a la formación investigativa en la urgencia de justicia. Pero hay una cuestión cabal: ¿cómo la realidad absorbe a los intelectuales? Toda vez que una comunidad tiene voluntad de verdad, forja identificaciones con aquellos intelectuales comprometidos, que sienten las tensiones sociales a modo de interpelaciones y críticas al su propio estatuto cívico. No es una minusvalía el intelectual también componer pensamiento que no sea su propio, ya que el pensador es fruto de la misma realidad que reflexiona y percibe diariamente. La persona cambia y

sus anteriores pensamientos dialogan con el choque de la realidad.

Es importante deflagrar una dialéctica<sup>22</sup> en que la comunicación entre los intelectuales y el pueblo crea una comunidad de acción. La referida dialéctica se convierte en diálogo<sup>23</sup> hacia la alteridad. Ningún ser humano está privado de saber. La comprensión de Ellacuría es dialógica donde él tiene la intención de unir a gente, investigadores y pueblo. Hay una teleológica unificación, incorporando pueblo y universidad en la voluntad de verdad, erigiendo una cosmovisión de justicia, antagonista de todo que es contrario a los derechos humanos. Esta práctica de la indagación de la verdad, en interacción dialéctica, se torna uno de los valores centrales de la universidad juntamente con la formación de los estudiantes para vidas productivas plenas al servicio del bien común (Lacey, 2011, p. 1). La búsqueda de la verdad se convierte en efectiva práctica de la verdad, donde la conducta guiada por el bien común dialécticamente instaura la necesidad de la ética en la formación universitaria.

La libertad está conmovida y fundida con la verdad, no hay resignación a la veracidad de la realidad, sino emancipada opción por la verdad. El intelectual enrevesado en políticas incorrectas, destituidas de ética, priva su capacidad de acciones bienhechoras y

19 La inteligencia no es un *absoluto* para Ellacuría. "Cuando el hombre se deja dominar por la inteligencia *en cuanto* es una facultad dada para el dominio de la materia y para la eficacia de la acción material, *en cuanto* concibe todo el mundo de modo mecanicista, material y estático, desconociendo lo que el ser tiene de específico, que es la vida, el movimiento, la duración, da lugar a una forma de vida empobrecida y deshumanizada, tanto en el pensar como en el actuar" (Ellacuría, 1996, p. 341).

20 Zubiri (2010, p. 169) nos dice que el hombre se enfrenta con los estímulos más elementales como realidades y eso significa que "en el mismo acto, siente la realidad y siente el estímulo, o siente el estímulo como realidad; es decir, tiene una inteligencia sentiente". Enfrentarse con las cosas como realidades es sentir por vía de estímulo, pero en forma de realidad.

21 El intelecto es una modalidad de la razón, pero no es el cardinal objeto y mucho menos lo único. Las "verdaderas dificultades intelectuales no suelen estar en planteamientos teóricos aprendidos, sino en la urgencia de una realidad que apremia oscuramente, y que se presenta con lenguaje propio, vigorosamente percibido" (Ellacuría, 1996, p. 642).

22 Las injusticias marcaron profundamente la universidad de Ellacuría. Se convirtió en urgente la insistencia en la "legitimidad e indispensabilidad de la dialéctica de verdad y justicia" (Lacey, 2011, p. 12, nota 18).

23 Grupos sociales carenciados y ciencia puede encontrarse. "El diálogo supone reconocer al *otro* como actor social, reconocer y respetar su condición de constructor o constructora de conocimientos, de productor o productora de una historia" (Montero, 2005, p. 411).

hiere su discernimiento en relación con el contexto humano. El consenso entre investigadores y comunidades permite la conexión de las responsabilidades con el aprendizaje de nuevos juicios, estimulando contribuciones específicas de cada actor social al alimentar la idea de que todos son políticos y también fuerzas sociales.<sup>24</sup>

La vida es sentida como fusión teórica y política, abrigando la práctica en sus responsables quehaceres. La persona que consagra su vida a la búsqueda del conocimiento y de la verdad es un *bíos theoretikós*, debiendo poner la sensibilidad y la razón en la realidad sociopolítica. En contrario, un *bíos theoretikós* que no reflexiona sobre temas que afectan a las personas “carece de raíces que le dan vida y contenido” y al no ir “a la realidad, al menos personal, deja de ser fructuoso” (Ellacuría, 2009, p. 386). La fecundidad teórica reside en la correspondencia y concreción de la realidad con el pensar compuesto y descompuesto en la misma realidad que, sin interrupciones, genera mordaces influjos. Sin duda, la persona involucrada con la realidad está estructuralmente determinada por planteamientos teóricos y prácticas cargadas con pensamientos políticos. La investigación, ansiando reconocer el conocimiento verdadero, adicionada a la averiguación de la acción eficaz, es una deseada síntesis en que las voluntades de verdad y del bien mutuamente se consolidan<sup>25</sup> para que sean lo que deben ser: docencia responsable, proyección social e investigación en una tríada ineludible.

Ellacuría afirma que el ejercicio de anular la autonomía de la universidad, reduciéndola a ser mero instrumento de la lucha política, es degradar la universidad y, con ello, privar a las clases populares del aporte específico de la ciencia. La meta hoy es descubrir cuáles son las tareas de la universidad y cuáles son los problemas que restringen las acciones sociales, profundizando los valores universitarios de inspiración cristiana para la solución de conflictos.

### Conclusión

La universidad tiene el fin urgente de impulsar a las personas hacia la visión de las cosas como ellas son, al situar las mismas en su mundo como agentes de su propia transformación. Ahí está la necesidad de reconocer el conocimiento de las personas de la calle. Su relevancia está en liberar profesores y estudiantes hacia la convivencia con la población, confrontando con valores en oposición a los hasta ahora de competición individualista y convivencia hipócrita. Luego, la propuesta es proveer la conciencia de la importancia del conocimiento y de la ética, fomentando habilidades en los estudiantes, convertidores de acciones propensas al cambio social.<sup>26</sup> Así, contribuirá a nuevas políticas educativas con una formación universitaria cercana a los problemas actuales. La afección es también una educación.

Actualmente, los países reclaman una liberación que debe reconstituirse teórica y prác-

.....  
24 Las víctimas no son impotentes, así como no es necesaria una victimización para beneficiarse de asistencia. “La búsqueda del consenso es cuestión de todos y la responsabilidad de conseguirlo no puede dejarse en manos de los políticos exclusiva ni principalmente. Los políticos difícilmente descuidan lo que les pueda suponer una mayor cuota de poder y subordinan a ello todo lo demás. En cambio, las fuerzas sociales, por su propia supervivencia, necesitan no el poder, sino el consenso, un consenso que les permita desarrollarse” (Ellacuría, 1991, t. I, p. 466).

25 Es posible una síntesis que edifique filosóficamente los presupuestos fundamentales del quehacer docente. “El *bíos theoretikós*, caracterizado por la voluntad de verdad y búsqueda del conocimiento verdadero, es distinto del *bíos politikós*, caracterizado por la voluntad de bien y la búsqueda de la acción eficaz” (Ellacuría, 2009, p. 385).

26 Por su vez, también “los alumnos deben ser llevados a una reflexión personal verdaderamente filosófica sobre lo que es la existencia humana y sobre lo que es la existencia cristiana” (Ellacuría, 1996, p. 621). El quehacer intelectual liberador se muestra radicado en la realidad, cultivando la realidad con sus riesgos y aceptando las idiosincrasias inseparables de vida de las personas, pero no las injusticias.

ticamente en claves distintas de discursos de la liberación vigentes, “caracterizadas más por sus buenas intenciones y sus formulaciones abstractas que por su eficacia liberadora” (Samour, 2010a, p. 193). La reconstitución teórica y práctica invita la universidad a no solamente apelar a la persistencia de la pobreza como justificación del discurso liberador, sino a interpelar los contextos en que las comunidades están más cerca de la verdad de la realidad, sugiriendo fusión con la autonomía epistemológica de la universidad.<sup>27</sup> Esta actitud contribuye a la politización de la vida social con y a través de argumentos colectivos. Así, el ejercicio de la ciencia en la conciencia pública hará que el pueblo no padezca más la política, sino haga política abandonando el fatalismo, esto es, además de hacerse cargo de la realidad, se encargará de la realidad. En el estado actual de la cuestión, la liberación como parte de un proceso teórico-práctico de la universidad “supone una opción previa por las víctimas y los excluidos del sistema y de todo sistema” (Samour, 2010a, p. 210).

La libertad de pensamiento es cargar con el humano. Cuando los “pueblos cuenten con la posibilidad real de pensar por sí mismos en todos los órdenes del pensamiento, es que ya van camino de la libertad y de la posesión plena de sí mismos” (Ellacuría, 2011, t. III, p. 131). Para luchar contra la fragmentación de la realidad, Ellacuría propone una verdadera búsqueda de una ‘intelectualidad común’ en todos los planos de la realidad al considerar también la universidad como un aspecto intramundano. De forma universitaria, tanto la ética y la “filosofía busca permanentemente salirse de los límites de cualquier punto de vista determinado para intentar abarcar la totalidad” (Ellacuría, 2011, p. 127).

.....  
 27 Para Ellacuría (1996, p. 530), “el elemento esencial en la formación radica en las personas y no en las ideas”. Las ideas son componentes de las personas, engendradas a partir de las personas. La esencialidad de las ideas en relación al ser humano absolutiza una entidad llamada idea como abstracción poderosa e independiente, tornando secundario las personas, esto es, el bien común. Puede ser difícil para algunos intelectuales mostrarse de acuerdo, pero al nivel epistemológico “la realidad es siempre preferible a la idea, incluso desde el punto de vista intelectual” (Ellacuría, 1996, p. 641).

## Referencias bibliográficas

- Borrero Cabal, A. (2008). *Historia universitaria* (Tomo I). Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Calderón de Orellana, L. (2006). *La historia de la psicología en El Salvador. 1928-2005*. S. e.
- Cardenal, R. (2003). Recordatorios importantes y necesarios para el mundo de hoy. *Revista Latinoamericana de Teología*, 58, 53-63.
- Cardenal, R. (1999). *Biografías. Mártires de la UCA*. Centro Monseñor Romero (UCA).
- Ellacuría, I. (2005). Apéndice. En Zubiri, X. *El hombre: lo real y lo irreal* (pp. 199-221). Alianza Editorial/Fundación Xavier Zubiri.
- Ellacuría, I. (2001). *Escritos filosóficos III*. UCA Editores.
- Ellacuría, I. (2001). Filosofía, ¿para qué? En *Escritos filosóficos III* (pp. 115-131). UCA Editores.
- Ellacuría, I. (2000). *Escritos teológicos I*. UCA Editores.
- Ellacuría, I. (2000). Esbozo para una carta pastoral. En Ellacuría, I. *Escritos teológicos II* (pp. 623-661). UCA Editores.
- Ellacuría, I. (2000). Liberación: misión y carisma de la Iglesia latinoamericana. En Ellacuría, I. (2000). *Escritos teológicos II*. UCA Editores.
- Ellacuría, I. (2000). Quinto centenario de América Latina, ¿descubrimiento o encubrimiento? En Ellacuría, I. *Escritos teológicos II* (pp. 525-539). UCA Editores.

Ellacuría, I. (2000). Radicalismo cristiano y educación liberadora. En Ellacuría, I. *Escritos teológicos II* (pp. 613-621). UCA Editores.

Ellacuría, Ignacio (2000). Iglesia en Centroamérica. En Ellacuría, I. *Escritos teológicos II* (pp. 774-782). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1999a). *Escritos universitarios*. UCA Editores.

Ellacuría, I. (1999b) *Escritos filosóficos II*. UCA Editores.

Ellacuría, I. (1996). *Escritos filosóficos I*. UCA Editores.

Ellacuría, I. (1993). Utopía y profetismo. En I. Ellacuría y J. Sobrino (Eds.). *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. (3.<sup>a</sup> ed., Tomo I) (pp. 393-442). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1991, impresión de 2008). La Iglesia de los pobres, sacramento histórico de liberación. En I. Ellacuría y J. Sobrino (Eds.). *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* (Tomo II) (pp. 127-153). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1991, impresión de 2008). El pueblo crucificado. En I. Ellacuría y J. Sobrino (Eds.). *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* (Tomo II) (pp. 189-216). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1991, impresión de 2005). La seguridad nacional y la Constitución salvadoreña. En Ellacuría, I. *Veinte años de historia en Salvador (1969-1989). Escritos políticos* (pp. 247-266). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1991, impresión de 2005). 1988, un año de transición para El Salvador. En Ellacuría, I. *Veinte años de historia en*

*Salvador (1969-1989). Escritos políticos* (p. 453-466). UCA Editores.

Ellacuría, I. (1990). Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento? *Revista Latinoamericana de Teología*, 21, pp. 271-282.

Ellacuría, I. (1972). Presentación. En Martín-Baró, I. *Psicodiagnóstico de América Latina* (pp. I-IX). Editorial LEA.

Lacey, H. (2011). Los planteamientos de Ellacuría sobre la dialéctica de verdad y justicia. <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1204298581.pdf>.

Martín-Baró, I. (1979). Hacia una docencia liberadora. En *Haciendo la Universidad* (pp. 37-62). Fupac Ediciones.

Samour, H. (2010a). Postmodernidad y filosofía de la liberación. En L. C. Bombassaro y S. P. Vidal (Eds.) *A latinidade da América Latina: aspectos filosóficos e culturais* (pp. 191-214). Aderaldo & Rothschild.

Samour, H. (2010b). Universidad para la liberación: la proyección social de la UCA. <http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1201492840.pdf>

Santos, M. (2007). A universidade barra as novas ideologias. En M. Santos (Ed.). *Encontros. Organização de Maria Angela P. Leite* (pp. 194-201). Beco do Azogue.

Sidekum, A. (2010). Mundialização e nova etnização da mentalidade. En L. C. Bombassaro y S. P. Vidal (Eds.). *A latinidade da América Latina: aspectos filosóficos e culturais* (pp. 215-264). Aderaldo & Rothschild.

Zubiri, X. (2010). *Acerca del mundo*. Alianza Editorial.